

HIPOCRATES, ARISTOTELES, GALENO Y LA PSIQUIATRIA ANTIGUA

Prof. Pierre Pichot*

Título original: HIPPOCRATE.
ARISTOTE, GALIEN ET LA PSYCHIATRIE
ANTIQUE**

Hipócrates, Aristóteles y Galeno dominan igualmente la psiquiatría antigua y la medicina en general. Si Aristóteles debe ser colocado en compañía de los dos grandes médicos es porque ha brindado a la psicopatología antigua bases filosóficas y biológicas esenciales.

Los escritos atribuidos a Hipócrates son en realidad el producto de autores diversos; en muchos puntos no presentan una coherencia absoluta y es difícil extraer una concepción de conjunto. De una manera muy general, se puede admitir que sostienen tres modelos psicopatológicos parcialmente relacionados, que pueden señalarse como anatómico, físico y fisiológico humoral.

Hipócrates

Sobre el plano anatómico, Hipócrates es el primero en haber atribuido al cerebro un papel esencial en la personalidad y en sus anomalías. En su tratado sobre la epilepsia llega a la conclusión de que es por intermedio del cerebro que soñamos, pensamos y sentimos, y que alguna cosa ocurre en el cerebro cuando "estamos locos, delirantes o poseídos por temores en medio de la noche o al despuntar el sol". Este modelo anatómico, que consagra lo que se ha llamado la "primacía del cerebro", está probablemente ligado a la casuística psiquiátrica de Hipócrates. En efecto, ésta es rica en descripciones de trastornos en los cuales las enfermedades internas, en particular las febriles, se acompañan de manifestaciones neuropsiquiátricas: coma, convulsiones, insomnio, temblores, obnubilación de la conciencia, delirio, sitiofobia, depresión del humor, irritabilidad, agitación psicomotriz, cefaleas, torpeza, afasia, mutismo, logorrea. Es sin duda a partir de esas observaciones que nació la idea de que el cerebro es el órgano del que dependen las manifestaciones psicológicas o psicopatológicas. Este modelo anatómico se limita a una noción muy general: la del papel del encéfalo, y se combina con los dos modelos siguientes: el físico y el bioquímico.

El modelo físico se apoya en la noción de las "cualidades". Hipócrates acepta en su conjunto la doctrina de las cualidades y de los elementos tal como fue desarrollada por los filósofos. Existe una correlación entre los elementos (el aire, el agua, la tierra y el fuego) y las cualidades (lo húmedo, lo caliente, lo seco y lo frío). Debe existir un equilibrio entre estas cualidades para garantizar

el funcionamiento fisiológico del cuerpo. Es evidente que estas nociones abstractas son derivadas de constataciones banales: cuando el hombre está enfermo, la vista y el tacto permiten constatar modificaciones de las cualidades del cuerpo: el enfermo transpira y se torna húmedo; se deshidrata y se torna más seco; está febril y se torna caliente; se encuentra en el estadio terminal de la afección y se enfría.

El modelo físico de Hipócrates hace además alusión a una noción que está en el origen de numerosas concepciones ulteriores: la "fuerza vital" ligada al cuerpo por intermedio de la médula y del cerebro, pero capaz de actuar por su propia iniciativa por intermedio del cuerpo. Hipócrates explica que cuando estamos despiertos, estamos constantemente expuestos a la influencia del mundo exterior, y que le respondemos bajo la forma de sensaciones. Pero cuando dormimos estamos aislados del mundo exterior y de sus excitaciones. Nuestro espíritu actúa entonces sin interferencias exteriores. Así se producen los ensueños. Se ha querido ver en esta exposición una prefiguración del modelo psicoanalítico de la libido (la fuerza vital) y de su papel en la formación de los ensueños. Al lado de los modelos anatómico y físico se sitúa finalmente un modelo bioquímico, humoral. La concepción cuadrihumoral, generalmente atribuida a Hipócrates, no se encuentra en realidad claramente expuesta bajo su forma clásica más que en el tratado "De la Naturaleza del Hombre", tratado que sería de Polibio, su yerno. Otro tratado como el de "La Medicina Antigua", parece admitir una gran variedad de humores cada uno con sus propiedades particulares. El concepto de humor, como el de cualidad encuentra evidentemente su fuente en la observación empírica banal que permite reconocer como humores naturales a la sangre, a la bilis amarilla y a la pituita. En cuanto a la bilis negra, es verosímil que su visibilidad de cuarto humor fundamental le haya sido acordada a partir de la observación de vómitos o de heces negras y, según Sigerist, es por un razonamiento análogo (el color oscuro) que el bazo ha sido considerado como el órgano que la produce.

El temperamento de *kresis* es la mezcla en buena proporción de los cuatro humores. Esta mezcla es la que propicia la buena salud.

El exceso de ciertos humores, es decir, el desequilibrio del temperamento, es la causa de manifestaciones psicopatológicas. El prototipo de la enfermedad mental está constituido por los estados confuso-delirantes febriles, y se debe a la adopción de este prototipo la extensión de un concepto biológico a otros trastornos mentales. Si Hipócrates describe con precisión las psicosis que llamaríamos ahora exógenas agudas, con su sintomatología

*Profesor de Psiquiatría de la Facultad de Medicina de París. Clínica de Enfermedades Mentales y del Encéfalo. Centro Psiquiátrico Santa Ana.

**Traducido de la revista *Neurologie-Psychiatrie*, número 22, 1978 (3-10), Sandoz, París, con la debida autorización de sus editores a quienes agradecemos su gentileza. Traducido por H. Pérez-Rincón.

ruidosa (alucinaciones, trastornos de la conciencia, excitación psicomotriz, trastornos del humor — sean de tipo depresivo o de tipo de excitación —, constituyendo la “frenitis” atribuida a un “aumento de la temperatura del cerebro”), sabe también que existen psicosis infecciosas (la verdadera frenitis) y tóxicas. Hipócrates fue el primero en describir el *delirium tremens* alcohólico, en el cual reconocía como síntoma el temblor de la cabeza y del labio inferior, el delirio, las convulsiones, el insomnio y la agitación nocturna. Pero sobre todo, extrae de su modelo orgánico cerebral, al combinarlo con la noción fundamental del equilibrio de las cualidades y más específicamente de los humores, la idea de que toda enfermedad mental está ligada inicialmente a una ruptura de este equilibrio, ruptura que afectará secundariamente al cerebro. Esta concepción le permite sostener una teoría central orgánica del delirio que se relacione con la de Tamburini y de Clérambault: el buen funcionamiento del cerebro está ligado a la constancia de su humedad y las modificaciones de esto entrañan trastornos. “Cuando el cerebro” escribe Hipócrates, “se torna más húmedo, se vuelve inestable; los órganos de la vista y de la audición no permanecen en su lugar y ven y escuchan cosas diversas, y la lengua expresa lo que ha sido visto y escuchado”. Para Hipócrates, por lo tanto, el fenómeno primordial es psicosensoorial, y las ideas delirantes no son más que la elaboración de este fenómeno. La noción de ruptura del equilibrio de los humores (hablariamos ahora de trastornos bioquímicos) le permite explicar todas las enfermedades cerebrales, excepción hecha de los síndromes confusionales febriles, por un efecto de “corrupción” del cerebro.

El ejemplo más interesante y más demostrativo de la psicopatología hipocrática concierne a la melancolía. Se encuentra en los “aforismos” la frase lapidaria citada muy frecuentemente: “Cuando el miedo y la tristeza persisten largo tiempo se trata de un estado melancólico”. El hecho de que Hipócrates emplee la misma palabra “melancolía” para designar el humor en causa y la enfermedad mental, viene del papel esencial que el humor juega en la provocación de la afección. La idea de lo nocivo de la bilis negra es además anterior a Hipócrates y se difundió en Grecia fuera de los medios médicos. Es esta bilis la que se encuentra en la sangre de la hidra de Lerno, sangre envenenada en la cual Heracles mojaba sus flechas y que Sófocles puede calificar de “*melancolos*”. Esta toxicidad es temible incluso a dosis débiles, puesto que la sangre del centauro Neso, envenenada por la flecha que lo ha matado, servirá a su vez para teñir la túnica con la cual Deyanira quemará a Heracles orillándolo al suicidio. Esta idea de la toxicidad de la bilis negra está probablemente ligada por una parte al valor simbólico de su coloración, y también al hecho de que era considerada como un producto de concentración, como una hez residual resultante de la evaporación de otros humores, especialmente de la bilis amarilla. El exceso de bilis negra puede tener dos consecuencias según su localización. “Los melancólicos”, escribe Hipócrates. “se vuelven generalmente epilépticos, y los epilépticos, melancólicos. De estos dos estados lo que determina la preferencia en algunos es la dirección que toma la enfermedad: si se conduce hacia el cuerpo, es la epilepsia; sobre la inteligencia, la melancolía”. La evocación de la bilis negra como mecanismo patogénico va a permitir además a Hipócrates explicar ciertas particularidades de la enfermedad. La teoría humoral era paralela a la de las cualidades de los elementos. Se podría así agregar a esas teorías las de las cuatro edades de la vida y las cuatro

estaciones. Existe un sistema de correspondencia que asocia la atrabilis a la tierra (que es seca y fría), a la edad presenil y al otoño. Así, se encuentran explicados fenómenos bien reales: la frecuencia de las melancolias en el período de involución de la vida y el aumento de su frecuencia en el otoño.

La teoría atrabiliaria de la melancolía permite una terapéutica aparentemente racional: puesto que hay exceso de bilis negra, hay que evacuarla, y para llevar a cabo esta evacuación hay un remedio específico: el eléboro. El eléboro permanecerá hasta el final del siglo XVIII como el remedio específico del exceso de bilis negra, es decir de la melancolía, y por extensión, la locura. El empleo del eléboro es anterior a Hipócrates y sumerge sus orígenes en la magia. En efecto, Plinio el Viejo escribe: “Melampo, tan célebre en el arte de la adivinación, ha dado su nombre a una especie de eléboro llamado *melampodion*. Según algunos autores, esta planta fue descubierta por un pastor que llevaba el mismo nombre. Habiendo descubierto que purgaba a las cabras que la habían comido, hizo beber su leche a las hijas de Proteus, curándolas de la locura”. En razón de estas virtudes mágicas, el *melampodion* o eléboro negro era recolectado con precauciones especiales que Plinio describe en detalle. En las cartas apócrifas de Hipócrates, aunque todo se presenta bajo un aspecto racional, se encuentran técnicas especiales de recolección y de conservación: “recolecta sobre todo las plantas de las montañas y de las altas colinas”, escribe el pseudo-Hipócrates, “son más densas y más activas que las plantas más acuosas, a causa de la densidad de la tierra y de lo tenue del aire, puesto que ellas atraen más vida. . . Que todo lo que sea jugo y líquido sea llevado en vasos de tierra; que todo lo que sea hojas, flores o raíces lo sea en vasos de tierra nuevos bien cerrados, con el fin de que al ser golpeados por el aliento del viento no pierdan en una especie de lipotimia la virtud medicamentosa”. Se conocían incluso en la antigüedad, las localidades en donde el eléboro era particularmente eficaz: era el caso de Anticira en la Fócida, y la expresión “navegar hacia Anticira” se había vuelto proverbial.

¿Cuál era la razón de esta adopción del eléboro por la terapéutica hipocrática? El extracto o la decocción de *Helleborus niger* en ocasiones *helleborus viridis*, tiene fundamentalmente la propiedad de provocar náuseas y vómitos, e incluso eventualmente puede provocar heces negras hemorrágicas. Es muy probable que haya sido este efecto lo que permitió a los médicos griegos racionalizar las ideas mágicas preexistentes sobre la virtud de la planta. A partir de entonces, el eléboro tenía como virtud limpiar al organismo de un exceso de atrabilis.

Pero para el médico hipocrático, la purgación atrabiliaria por el eléboro no era más que un procedimiento artificial que suplía eventualmente a una evacuación natural. Hipócrates, por ejemplo, anota en su libro *De las Crisis*: “en la melancolía con accidentes de frenitis, el restablecimiento de las hemorroides es favorable”. El llamar hacia el exterior a un “humor encerrado” es una idea fundamental de la psiquiatría humoral que va a prolongarse durante 20 siglos. El eléboro ocupa hasta el principio del siglo XIX tal lugar en las enciclopedias médicas, que si los psiquiatras de esa época, como Pinel, rehusaban su empleo, se sentían obligados a exponer sus razones contra una tradición tan venerable (aunque en el *Dictionnaire de Medicine*, compuesto de 30 volúmenes, que apareció entre 1832 y 1846, Cazenave prescribe aún el eléboro invocando el “contra-estimulismo”). Por lo contrario, la noción de “evacuación natural” permaneció mucho más viva incluso cuando se había abandonado la doctrina

humoral. Esquirol y Calmeil recomendaban los métodos llamados revulsivos: es bueno despertar una dermatosis; las sangrías en la vulva o en el ano deberían "reemplazar las hemorroides" o "restablecer el flujo menstrual". Hasta el siglo XIX se discutirá sobre la oportunidad de la sangría en la melancolía, puesto que la sangría, si evacua la atrabilis, tiene al mismo tiempo el inconveniente de disminuir la cantidad de otro humor, la sangre. Starobinski recuerda que se encuentra un último reflejo de la terapéutica "evacuadora" de Hipócrates hace apenas poco más de 100 años, en 1870, cuando Calmeil critica un método que había tenido los favores de su maestro Esquirol: "yo no puedo más que inclinarme frente a la opinión de mi maestro y respetar las opiniones que han tenido curso en la ciencia desde el origen de nuestro arte. Confiero una gran importancia a la teoría de las revulsiones; he observado, como todo el mundo, hechos de curación con incidentes tales como el retorno del flujo menstrual, el retorno del flujo hemorroidal, la formación de un absceso alejado, una abundante erupción forunculosa; consiento en considerar estas diferentes manifestaciones como otros tantos momentos críticos, en atribuirles el restablecimiento de la razón. No obstante, soy llevado a creer que se ha exagerado la frecuencia y la importancia de sus efectos críticos, que se ha tomado la repetición de hechos poco frecuentes por una necesidad".

Al lado del eléboro aparece en Hipócrates otra terapéutica de la melancolía: la mandrágora. "A las gentes tristes, enfermas y que se quieren estrangular", escribe Hipócrates en *De los Lugares en el Hombre*, "hay que darles en una bebida por la mañana, la raíz de mandrágora, a una dosis menor de la que se requiere para causar el delirio". Parece tratarse ahí no tanto de un tratamiento apoyado sobre un modelo particular, como en el caso del eléboro, sino de la constatación empírica de un efecto sedativo (la droga, como se sabe, fue empleada después como anestésico).

Se puede concluir que lo esencial de la obra de Hipócrates dentro de la psicopatología ha sido el separar la concepción médica tanto de los enfoques mágicos como de los enfoques filosóficos puros. Los modelos que él esbozó, modelos anatómico, físico y bioquímico humoral, serán desarrollados y profundizados por sus sucesores. Sus observaciones clínicas guardan hoy en día, en ciertos puntos, todo su valor. Hipócrates ha sido el padre de la psiquiatría así como ha sido el padre de la medicina.

Aristóteles

El papel de Aristóteles en la formación de los conceptos psicológicos y psicopatológicos de la antigüedad ha sido considerable, y se puede decir que su influencia se ha extendido sobre el pensamiento occidental, bajo las formas más diversas, hasta nuestros días. Es verdad que Aristóteles no tuvo una formación médica completa, pero su padre era el amigo fiel y médico del rey de Macedonia (no obstante, se ha puesto en duda esta influencia paterna, puesto que Aristóteles era bastante joven cuando murió su padre). En una obra reciente, un historiador de Grecia, A. R. Burne, ha escrito: "para nosotros, ningún griego es más difícil de llevar a la vida que Aristóteles. Su saber enciclopédico le hace aparecer inhumano... Su estilo es seco, porque lo que tenemos de él no son sino notas para cursos... Es en biología donde fue el más grande". En efecto, en el terreno biológico mostró una curiosidad insaciable, ya sea que se tratase de la anatomía, la biología, la psicología, la medicina, la psicopatología, la anatomía comparada o de la botánica. Su obra es, por su amplitud y por la calidad de sus observa-

ciones personales, la primera de toda la Antigüedad.

Antes de examinar esta obra, es necesario regresar sobre las ideas de otro filósofo, Platón, junto al cual Aristóteles pasó largos años, recibiendo por lo tanto una evidente influencia del mismo, pero cuyas ideas son bajo ciertos aspectos absolutamente opuestas a las suyas.

Las concepciones platónicas son consideradas frecuentemente, y con justicia, como un retroceso científico en relación a Hipócrates. Platón era únicamente un filósofo, y aunque haya tenido en gran estima la obra de Hipócrates, defendió ante todo teorías idealistas. El modelo psicopatológico que desarrolló tuvo, en razón de su carácter sistemático, una profunda influencia y se encuentran referencias a él en toda la historia de la psiquiatría.

Para Platón, el alma consiste en dos partes, una racional y otra irracional, estando la segunda bajo el dominio de la primera. El alma racional, inmortal y divina, se asienta en el cerebro. La parte irracional, o alma animal, es mortal. Esta es la fuente del placer, el dolor, la audacia, la cólera, el miedo, la esperanza, el amor. Su sede está en el tórax y en el abdomen. Cada una de las pasiones tiene su sede particular: la cólera y la audacia en el corazón, el hambre y los otros apetitos entre el diafragma y el ombligo. Como lo ha descrito Brett: "la psicología de Platón en *La República* es una especie de frenología sobre una larga escala". Es de este enfoque, a la vez jerárquico y localizador, que Platón hace derivar sus ideas psicopatológicas. Las tres variedades de trastornos mentales que él reconoce: la melancolía, la manía y la demencia, están ligadas a la acción de los humores hipocráticos sobre las sedes del alma irracional que no está ya controlada por el alma racional.

Pero además, Platón admite la existencia de una locura que no es enfermiza, sino un don de los dioses, y que posee cualidades proféticas. Esta es debida a Apolo, a Dionisios, a las Musas, a Afrodita y a Eros. Esta segunda locura "superior" no pasa por el alma irracional.

Así, con Platón se ve aparecer sin duda una noción fundamental, la de la jerarquía, pero que tendrá también consecuencias más nefastas: la "desencarnación" del papel del cerebro que se convierte en el soporte de una entidad ideal —el alma racional— y la distinción entre dos tipos de psicopatología que relega a un plan inferior a la enfermedad mental propiamente dicha. Esta posición, a pesar de Aristóteles, dominará la nomenclatura de la psiquiatría antigua hasta el siglo XIII, en que Santo Tomás de Aquino retomará las concepciones aristotélicas.

El examen de las ideas de Aristóteles muestra cuánto difieren de las de Platón. Para la clarificación de la exposición se puede estudiar sucesivamente en él un modelo psicológico-jerárquico, un modelo anatómico y un modelo humoral.

El modelo jerárquico de Aristóteles ofrece muy pocas similitudes con el de Platón; por lo contrario, difiere sobre puntos fundamentales. Por varias causas prefigura todos los modelos jerárquicos modernos de la personalidad.

La visión de Aristóteles, tanto aquí como en lo demás, es teleológica. Los elementos no existen más que en función de la formación de los tejidos vivientes; éstos sólo en función de la formación de órganos tales como el ojo o el brazo; finalmente, estos órganos existen en función de ejecutar ciertas funciones muy complicadas: la vista o el movimiento, por ejemplo. Pero el cuerpo así organizado no posee la vida más que en potencia. No podrá ejercer efectivamente las funciones de un cuerpo viviente hasta que haya recibido el alma que Aristóteles define como "la

entelequia primera de un cuerpo natural que tiene la vida en potencia". Está ligada al cuerpo como el filo del hierro está ligado al hacha, es la condición inmediata de la actividad del cuerpo, es el principio de la actividad vital. Contrariamente a lo que ocurre en Platón, el alma no es ya una viajera que va de cuerpo en cuerpo cumpliendo su propio destino, sino que está ligada al cuerpo como "la vista al ojo": alma y cuerpo nacen y mueren juntos.

No existe, como en Platón, el estudio del alma en general. El filósofo, para Aristóteles, estudia las funciones, las facultades o potencias del alma en la que cada una implica las precedentes, pero no las siguientes. En efecto, estas funciones se reparten a niveles diferentes:

—En la base se encuentran las funciones nutritivas de las que dependen la nutrición, el crecimiento y la reproducción. Estas funciones existen en todos los seres vivos, tanto en el hombre como en los animales y las plantas.

—Hacia arriba se encuentran las funciones sensitivo-motrices, concernientes al placer, al dolor, a los deseos y a las aversiones. Estas funciones implican la existencia de funciones nutritivas pero ya no se encuentran en los vegetales, sino exclusivamente en los animales y en el hombre.

—Finalmente vienen las funciones pensantes, racionales (prudencia, sabiduría, inteligencia y memoria) e irracionales (templanza, justicia y valor).

Pero para Aristóteles, este modelo jerárquico de funciones del alma no implica la existencia de almas diferentes. Las funciones diversas no se suman unas con otras, las funciones superiores son la realización de lo que está esbozado a niveles inferiores. Cada ser viviente tiene un alma única. "En la mayor parte de los otros animales", escribe Aristóteles, "hay rasgos de carácter que se distinguen con la mayor evidencia en los hombres: sociabilidad y salvajismo, dulzura y dureza, valor y cobardía, timidez y seguridad. Hay incluso en muchos, imágenes de la inteligencia reflexiva. Es por el más y el menos que estos animales difieren del hombre y que el hombre difiere de muchos de ellos. La naturaleza pasa poco a poco de los seres inanimados a los animales, a tal punto que la continuidad hace que los límites se nos escapen y que no sepamos a cuál de los dos pertenecen los intermedios; a propósito de ciertos seres marinos, se puede preguntar si son animales o plantas".

El modelo jerárquico de Aristóteles, y la relación que tiene con una noción jerárquica de las especies vivientes, sugieren evidentemente una relación estrecha con los modelos jerárquicos de la personalidad tales como los desarrollados por Hughlings Jackson a partir de Darwin y Spencer. De hecho, no hay que llevar muy lejos la comparación porque Aristóteles es todo lo contrario de un evolucionista.

En su modelo jerárquico, Aristóteles reserva el lugar más elevado a la inteligencia. Distingue dos variedades. Una es la inteligencia pasiva o en potencia, que como todas las otras funciones está ligada al cuerpo, nace y perece con él. Pero paralelamente existe una inteligencia eternamente en acto, impassible, pensamiento fijo e indefectible que no sufre ningún cambio, productora de todos los otros pensamientos, a la manera de la luz que hace pasar al acto los colores. Esta inteligencia incorruptible y eterna estaría separada del alma humana, de la que sería un término trascendente. Aunque el pensamiento de Aristóteles no esté formulado en este punto bajo una forma desprovista de ambigüedad, esta concepción tendrá como consecuencia, explícita o implícitamente, una influencia esencial sobre toda la historia de la psico-

patología. La consecuencia inmediata es, de acuerdo con Aristóteles, que esta inteligencia, siendo de naturaleza imaterial e inmortal, no puede ser atacada por las enfermedades. Estas no pueden atacar las funciones del alma más que en la medida en la que están ligadas al cuerpo. Toda enfermedad psíquica es para Aristóteles una enfermedad física. Como lo hace notar Zilborg, esto entraña el rechazo de la existencia de trastornos puramente psicológicos.

Por su paradoja, el modelo anatómico de Aristóteles, contrariamente a su modelo psicológico, marca un retroceso, sobre el de Platón. Mientras que este último, siguiendo a Hipócrates, da un papel central al cerebro considerado como el soporte de la identidad ideal que es el alma racional, Aristóteles hace del corazón el centro de la vida, del alma. "Lo que define al animal", escribe en *Las Partes de los Animales*, "es la sensibilidad". "Lo primero en ser sensible es lo primero en tener sangre, siendo precisamente el caso del corazón". A esto agrega un argumento final: "su posición misma es lo que conviene a un principio; está colocado hacia la mitad del cuerpo... La naturaleza, en efecto, instala lo que es más precioso en los lugares que tienen más valor". Aristóteles obtiene de la anatomía comparada otros argumentos: "los animales privados de sensibilidad tienen el corazón duro y grueso, los otros lo tienen más blando. Los que tienen un corazón grueso son cobardes, los que lo tienen más pequeño y mediano son más audaces... El corazón es grueso en la liebre, el ciervo, la ardilla, la hiena, el asno, la pantera, el armiño y en casi todos los demás animales cuya cobardía es manifiesta". Esta relación se explica porque "el calor no corresponde al volumen del corazón, y el calor, débil en un órgano grande, se pierde, y la sangre es más fría".

En efecto, el tercer modelo de Aristóteles, que se podría calificar de físico-humoral y al que se relaciona esta noción de calor, es una combinación del modelo humoral hipocrático y de un modelo que se podría llamar "térmico", tomado de la física de su época. Los humores son considerados como los vectores de propiedades térmicas: el calor y el frío. Si la bilis negra es moderadamente fría produce el vértigo, la aprehensión; si es caliente, el contento y la alegría. La bilis muy fría hace al hombre perezoso y estúpido; la bilis muy caliente produce el deseo amoroso, la inteligencia y la locuacidad. Se encuentra este modelo humorotérmico hasta el siglo XVIII, actuando incluso en el lenguaje popular.

En estas condiciones el papel del cerebro que es frío es el de servir de antidoto al corazón. En efecto, el cerebro para Aristóteles sólo tiene un papel de contrapeso al corazón, que es el órgano del calor y por ende del alma. "Toda cosa tiene necesidad de un contrapeso", escribe Aristóteles, "para llegar al equilibrio y al justo medio. Por esta razón, como contraparte de la región del corazón y del calor que ahí se encuentra, la naturaleza ha fabricado el cerebro: así pues, el cerebro templará el calor y la ebullición que reinan en el corazón". Esta función compensatoria se observa tanto en psicología normal como en psicopatología. El papel del cerebro es, por su frialdad, el de condensar los vapores calientes que se elevan del corazón. Estos vapores, condensados en rocío, recaen sobre el corazón para templar su actividad. Es de este mecanismo que deriva la idea, sostenida en la psiquiatría hasta finales del siglo XVIII, de que se pueden reagrupar las afecciones que llamamos neuróticas bajo el nombre de afecciones vaporosas (de ahí la expresión: tener vapores o bochornos).

La influencia de Aristóteles ha sido considerable. De sus modelos, el que ha tenido la mayor influencia ha sido

el modelo psicológico-jerárquico. Paradójicamente, es el modelo anatómico de Platón el que estimulará más tarde los desarrollos de la neurofisiología, en la medida en la que hace jugar al cerebro un papel capital, incluso si en su teoría este papel no es más que el de ser el soporte de un alma no sustancial. En cuanto al modelo humor-térmico, éste es mucho menos original y retoma grosso modo las nociones hipocráticas. Este es el que va a conducir, con Galeno, a la noción de los temperamentos. Pero se pueden encontrar prolongaciones de la obra de Aristóteles en los terrenos más diferentes: su finalismo vitalista en Stahl y en la escuela de Montpellier; su teoría del metabolismo de las pasiones (escribe por ej.: "la cólera es una pasión de digestión larga y difícil") en las teorías psicosomáticas; y su modelo psicológico-jerárquico, en toda una serie de modelos psicológicos actuales. Es así que la doctrina de las "facultades" deriva directamente de Aristóteles a favor de una dificultad lingüística. En efecto, Aristóteles emplea términos en griego que son sustantivos verbales: "el recordarse", "el percibir", "el querer". Como lo hace notar Woodworth: "cuando sus obras fueron traducidas al latín, fue necesaria una ligera modificación para conformarse a la lengua latina. Fue necesario decir 'la facultad de recordar' o alguna cosa análoga. La palabra facultad no quería decir que se agregara una nueva significación, aunque implica que un hombre *puede* recordarse. Significaba solamente el recuerdo. Así, la lista de facultades no era otra cosa que una lista de clases de cosas hechas, una respuesta a la pregunta *¿qué?* Sin duda los más grandes pensadores que hablaban de facultades del espíritu estaban perfectamente conscientes de este hecho, pero algunos autores de segundo rango, incluso en el siglo XIX, fueron engañados por la forma de la expresión y supusieron que las facultades eran procesos, es decir, una respuesta a la pregunta *¿cómo?* Un estudiante que preguntara a su profesor *¿cómo nos acordamos?*, y a quien se respondiera: *gracias a la facultad de memoria*, no estaría mucho más avanzado".

Incluso más allá, las posiciones de Aristóteles han influenciado fundamentalmente el pensamiento psicológico occidental. Citaremos para ilustrarlo este pasaje de Boring: "es Aristóteles quien declaró que el alma es unitaria, influenciando así a Descartes, haciéndole difícil a Helmholtz el probar que el influjo nervioso necesita un cierto tiempo para transmitirse, y reforzando los argumentos holísticos en las discusiones entre elementos y totalidad que han continuado de William James a la psicología de la forma. Es Aristóteles quien declaró que el alma es libre, tomando así partido contra una psicología puramente determinista, y apoyando de una manera general a los filósofos contra los hombres de ciencia que desearían ligar el alma con las leyes generales de la naturaleza. Es Aristóteles quien ha subrayado la dicotomía básica entre la forma y la materia que caracteriza todo el pensamiento materialista. Aristóteles declaró que el espíritu es una *tabula rasa*, una tablilla virgen, no escrita aún por la experiencia, aportando así argumentos a la escuela empirista que comenzó con Hobbes y Locke".

Galeno

Claudio Galeno ha sido considerado a partir del siglo II en que vivió, y hasta el siglo XVIII, como la referencia médica fundamental en psicopatología. Se puede decir que la mayor parte de las obras psiquiátricas han sido paráfrasis de sus escritos, incluso las de Pinel. Griego, originario de Pérgamo, nació en 131 y llegó a Roma en

166, fue el médico del emperador Marco Aurelio y de sus sucesores. Su obra médica por su amplitud y su valor es la más importante que nos ha dejado la Antigüedad.

Inicialmente atraído por la escuela empirica, desarrolló progresivamente una concepción original, ecléctica, cuyo eje fue sobre todo vitalista pero también en parte humoral. Tomó de Aristóteles, Crisipo y Posidonius las ideas en favor de una síntesis de la medicina y de la filosofía. Mostró un profundo conocimiento de la obra de sus predecesores, la cual cita abundantemente, ya sea que se trate de médicos, en particular Hipócrates, o de filósofos, de quienes analiza las obras en un tratado especial: *De Historia Philosophica* consagrado a Anaxágoras, Demócrito, Tales, Anaximandro y Platón. Escribe un historiador de la medicina: "si se intenta entresacar los rasgos generales de la obra y el pensamiento de Galeno, queda uno sorprendido por su carácter sintético, por la solidez de su base científica y por la parte importante que toman los principios metafísicos. Presto a criticar y a destruir la tesis de sus predecesores, Galeno sabía también tomar de cada uno lo que tenía de bueno. Fuera de los metodistas, a quienes combatía sin perdón, tomó puños de las doctrinas de todas las escuelas, desde Hipócrates hasta los empiristas, pasando por los dogmáticos y los pneumáticos; de la misma manera, en filosofía sufrió la triple influencia de Platón, Aristóteles y los estoicos. No merecería más que el nombre de ecléctico si se hubiera limitado a tomar elementos dispares de teorías diversas; en lugar de eso supo abarcar y dominar esta multiplicidad y construir una doctrina personal vigorosa y coherente".

De una manera general, las concepciones de Galeno son "holísticas". Existe una unidad simpática entre microcosmos y macrocosmos, sostenida por la fuerza pneumática y vital. Sabemos además, y precisamente gracias a Galeno a partir de su libro *Contra Juliano*, que Zenón, Crisipo y los otros estoicos escribieron ampliamente sobre las enfermedades. Diokles de Karystos, un médico del siglo IV citado por Aristóteles, admitía que el aire exterior atraído hacia el corazón, se convierte una vez dentro del mismo en sople psíquico que al difundirse en todo el cuerpo, lo tiende y lo sostiene. "Los cuerpos vivientes", dice Diokles, "están así compuestos de dos cosas, lo que porta y lo que es portado. Lo que porta es la potencia, lo que es portado es el cuerpo". Se encuentran pues en Galeno elementos muy generales de esta concepción estoica de una relación homeostática entre las estructuras que constituyen el organismo y el mundo natural. Pero lo que resulta sorprendente en su obra es la integración en un todo coherente de una serie de modelos. Por ejemplo, se puede encontrar en Galeno un esquema jerárquico de la personalidad, como el encontrado en Platón y sobre todo en Aristóteles. Pero en él este esquema es puramente psicológico y absolutamente libre de consideraciones metafísicas. Galeno declara explícitamente dejar como pasatiempo para los filósofos las especulaciones sobre la inmortalidad del alma. Pero este esquema jerárquico de las funciones psíquicas está íntimamente ligado a un modelo anatomofisiológico en el cual Galeno retoma los modelos humorales y térmicos de sus predecesores, completándolos con nociones nuevas. Llega, por otra parte, a un modelo tipológico de los temperamentos que toma con él su forma clásica, ya esbozada por Hipócrates.

El modelo psicológico de Galeno admite que existen en el ser superior tres especies de vida (esta es una herencia de Platón): la psíquica, la animal y la vegetativa. Corresponden a tres almas diferentes y jerarquizadas.

En la cúspide se encuentra el alma racional. Esta está dividida en dos partes, una externa y otra interna. La parte externa corresponde a las funciones de los cinco sentidos; la parte interna a las funciones de imaginación, de juicio, de memoria, de percepción y de movimiento.

Subordinadas a esta alma racional se encuentran las dos almas irracionales que corresponderían en términos modernos a los elementos afectivos y pulsionales de la personalidad. La primera es masculina, constituida por la **energía y la cólera**; la **segunda femenina, constituida por la sensualidad y la concupiscencia**. A este modelo jerárquico puramente psicológico corresponde estrechamente un modelo anatómico. Para Galeno el cerebro es la sede del alma racional. Este enfoque, en cierta medida platónico y opuesto a Aristóteles, no es teórico. Es el resultado de estudios experimentales. Galeno mostró que si se expone el cerebro y el corazón de un animal viviente, la compresión del cerebro produce la pérdida de las funciones sensitivas y motrices, en tanto que la compresión del corazón sólo afecta las arterias. Es por esto que Galeno concluyó que es el cerebro y no el corazón la sede del alma irracional masculina y el hígado el del alma irracional femenina.

A partir de este esquema anatómico, Galeno sistematiza una doctrina fisiológica que se puede calificar de dinámica-humoral. Toma de la escuela de Hipócrates la doctrina de los cuatro humores, pero también, y sobre todo de los estoicos, la teoría física de los cuatro elementos y de las cuatro cualidades. Para Galeno la sangre contiene los cuatro elementos en cantidades iguales; la humedad es más abundante en la flema; el fuego en la bilis amarilla, lo seco en la bilis negra.

Por otra parte, para Galeno los órganos vivientes contienen principios llamados "espíritus naturales".

Finalmente, Galeno hace intervenir la noción de *pneuma*. Esta existe ya en Hipócrates y proviene además de las filosofías babilónicas y de las concepciones indias.

Galeno explica la articulación de estas diferentes nociones de la manera siguiente:

—Los alimentos pasan del estómago al hígado que es la fuente del calor. Son transformados en *Kylo* e impregnados de "espíritus naturales". La sustancia es entonces conducida por las venas hasta el corazón.

—Por otra parte, el *pneuma*, que conduce el principio vital, es absorbido por la traquearteria y los pulmones. Se combina ahí con los "espíritus naturales" para formar los "espíritus animales". Estos suben al cerebro en donde son transformados en "espíritus vitales". En esta concepción, el "espíritu natural" es el agente de la vida biológica; el espíritu vital nutre las pasiones; en cuanto al espíritu animal, está en la base del pensamiento.

Es inútil recordar que esta concepción reposa sobre errores anatómicos flagrantes: la idea de una permeabilidad del tabique interventricular, el papel de filtro de los espíritus animales concedido a la *rete mirabile* (en razón del hecho de que las disecciones de Galeno se efectuaban sobre el puerco). De todas maneras, Galeno ve en el cerebro el órgano de producción de los espíritus animales que se condensan, según él, sobre todo en los ventrículos, particularmente junto al cuarto. Es ahí en efecto, que se encontraría el centro integrador del alma.

Bajo el ángulo psicopatológico, los dos aspectos más importantes de este modelo complejo son la doctrina de los temperamentos y el concepto general de la enfermedad mental.

La doctrina de los temperamentos reposa sobre la idea de que los individuos se distinguen psicológicamente en tipos, según la predominancia en ellos de uno de los

cuatro humores. Se llega así a la división cuatripartita expuesta en la fórmula: *Umoren enim ipsa morata efficiunt. Sanguis hilarior, flave bile iracundior, pituita tardior et stolidior, bile nigra impudicior*.*

No podemos desarrollar aquí la historia de esta concepción, la cual tuvo una fortuna durable, y de la que Kretschmer y Sheldon encuentran trazas no solamente en nuestros días, sino en toda la historia tanto de la psiquiatría como de las ideas en general. No hay más que recordar aquí la importancia que tomó en el Renacimiento la noción de temperamento melancólico, de la que el grabado de Dürero es una ilustración célebre.

Dentro del dominio de la patología mental, Galeno introduce una noción patogénica que tendrá posteriormente un gran éxito: la de simpatía. Una enfermedad puede ser causada por el ataque directo a un órgano, pero también por una acción a distancia. Esbozada por Areteo, la idea de simpatía está sistemáticamente desarrollada por Galeno. "En un delirio debido a la *pneumonia* el alma está afectada, no porque la sede de la enfermedad sea la cabeza, sino porque el principio del alma ha sido afectado por *consensus*, en simpatía con los pulmones atacados. Por otra parte, en la *frenitis* o en la *letargia*, el alma que está en la cabeza es afectada de manera primaria y no por *consensus*".

La enfermedad mental es siempre para Galeno un trastorno de los espíritus animales localizados en el cerebro. Ciertas manifestaciones patológicas están ligadas a trastornos directos del cerebro que modifican sus cualidades. Por ejemplo, la demencia (*amentia*) y la imbecilidad (*fatuitas*) resultan de la rarefacción y de la disminución en cantidad de los espíritus animales, y del frío y la humedad del cerebro. Por lo contrario, la ebriedad alcohólica es una enfermedad por *consensus*: el vino llena el cuerpo de vapores calientes que causan un trastorno del alma irascible (el corazón) y del alma sensual (el hígado), y que entrañan secundariamente, por simpatía, un trastorno del alma racional (el cerebro).

El ejemplo de la melancolía es particularmente característico. La causa general es el exceso de bilis negra como en Hipócrates. Desde este punto de vista, Galeno no innova. Pero existen tres posibilidades:

—Se puede tratar de una *afección localizada* al *encéfalo*. "Y llega de dos maneras, sea que el humor melancólico se lance proveniente de otro lugar, sea que se engendre en el sitio, puesto que es engendrado por el calor considerable del lugar que quema la bilis amarilla o la parte más espesa y más negra de la sangre".

—Se puede tratar, en un segundo caso, de una *afección melancólica generalizada*, en la que la *atrabilis* se difunde en el organismo entero por las venas y alcanza en particular, pero no exclusivamente, al cerebro.

—Se puede tratar, finalmente, de una *afección melancólica* cuya sede primitivamente esté a nivel de los órganos digestivos y alcance secundariamente al *encéfalo* por exhalaciones y vapores. "La enfermedad tiene su origen en el estómago. Hay borborigmos, obstrucción, *éxtasis*, inflamación en la región de los *hipocondrios*. En ocasiones aparecen también violentos dolores de estómago que se propagan hacia la espalda; el enfermo vomita a veces sustancias calientes, ácidas, que causan destemplamiento de los dientes. Del estómago inflamado y lleno de bilis negra, los vapores suben al *encéfalo*, ofuscan la inteligencia y producen los síntomas melancólicos".

*La sangre hace sonrientes; la bilis amarilla, iracundos; la pituita, lentos y locos; la bilis negra, impúdicos. (N. del T.)

Se ve aquí como explica Galeno el *consensus*, la simpatía por la teoría de los vapores. Atribuye a éstos la producción de síntomas depresivos, ansiosos y también delirantes: "Los melancólicos son siempre víctimas de temores, pero las imágenes fantasmagóricas no se presentan siempre bajo la misma forma. Así, uno imaginaba estar hecho de conchas y evitaba en consecuencia a todos los pasantes por miedo de ser triturado. Otro temía que Atlas, fatigado del peso del mundo que soporta, sacudiría su carga y de esta manera se aplastaría, al tiempo que nos haría perecer a todos. Existen diferencias entre los melancólicos. Todos son víctimas de temores, de tristezas, pero no todos desean morir. Existen, por lo contrario, otros en quienes la esencia misma de la melancolía es el miedo a la muerte. De la misma manera que las tinieblas exteriores inspiran el temor a casi todos los hombres, el color de la bilis negra al oscurecer, como lo hacen las tinieblas, la sede de la inteligencia, engendra el temor".

Esta concepción de la melancolía, tal como fue expuesta por Galeno, tuvo una larga descendencia. En parti-

cular sería interesante ver cómo la hipocondría, que era para él en su origen una melancolía particular por la sede de producción del vapor, vendrá a convertirse progresivamente entre los siglos XVII y XX en un síndrome fundamentalmente diferente. Sería igualmente interesante mostrar la forma en la que la psiquiatría ha abordado más tarde las ideas fundamentales de Galeno, admitiendo, por ejemplo, que los vapores nocivos podían tener su origen en el hipocondrio izquierdo, es decir, en el bazo, de donde se desprende el nombre de *spleen*, describiendo un estado depresivo pretendidamente específico de los ingleses. Pero se trata aquí de desarrollos muy posteriores que no podemos citar más que para subrayar el papel histórico de Galeno. Porque, en efecto, éste marca el apogeo de la psiquiatría antigua, así como marca el apogeo de la medicina. Después de su muerte se asiste a una declinación progresiva. Aparecerán ciertamente tras él algunas obras de valor, pero permanecen dispersas, y si contienen en ocasiones notas clínicas nuevas e interesantes, no tienen ni la amplitud ni el valor de síntesis de las que caracterizan a Galeno. Con él se corona y termina la psiquiatría grecoromana.